

18.

Desciende el alma de Jesucristo á los infernos á consolar la de los justos que esperaban su santo advenimiento.

Muerto Jesucristo, su alma benditísima unida á la divinidad bajó á los infernos á visitar la de los santos padres que allí se hallaban cautivas, las que iluminó con la presencia de su divinidad, y alegró y consoló con el goce de su vision divina, llenándolas en tanto ex-

En la iglesia del Santo Sepulcro hay trece frailes perennemente encar- gados de la custodia del santuario. Viven en unas celdas reducidas, muy húmedas, en las cuales permanecen hasta que los reemplazan otros herma- nos. Cada congregacion cristiana tiene su lugar en el interior del Santo Sepulcro: véase en el cophito, armenios, georgianos, nestorianos, maronitas, abisinios, etc. Este edificio, construido por santa Elena, comprende el se- pulcro de Jesucristo, el monte Calvario, y muchos otros lugares santos. Adelantando en el recinto, se entra en la capilla llamada del Angel, en la cual un mensajero celestial anunció á las tres Marías que Jesús había re- suscitado. Es una especie de aposentillo, en medio del cual se eleva un pilar de pórfido. De allí se pasa á otro aposento donde está el santo se- pulcro, iluminado por una porcion de lámparas que no se apagan jamás. Cubre la cavidad del santo sepulcro una tabla de mármol blanco. Al en- trar en la iglesia los peregrinos visitan las capillas, dedicadas unas á la Virgen y á la Magdalena, y otras que representan algunos hechos memo- rables de la vida de Cristo. Una escalera estrecha y de veinte escalones conduce al Calvario, montaña en que espiró el Hijo de Dios. Toda ella admira por su magnificencia, pues está cubierta de planchas de plata, de piedras preciosas, de marmol y de pórfido. Debajo de esta capilla se veian poco ha los sepulcros de Godofredo, de Bouillon y de su hermano Baldui- no; pero en el año 1807 hubo en la iglesia un incendio, de cuyas resultas cayó la cúpula con la parte superior de la nave. Igualmente se quemaron todos los altares que estaban en el Calvario, desapareciendo al mismo tiem- po los sepulcros de Bouillon y de Balduino. Se acusa á los griegos de ha- ber cometido esta profanacion en odio de los latinos, para quienes eran es- tos sepulcros un objeto de vanagloria. Del primer monarca de Jerusalem no quedó mas que la espada y las espuelas, que todos los viajeros contem- plan con respeto; pero si los griegos desperaron las cenizas de los dos hé- roes franceses, se asegura que los armenios pegaron fuego á la iglesia del Santo Sepulcro con el objeto de alcanzar permiso para reconstruir su capi- lla, que estaba á punto de desmoronarse. Cansados de agenciar infructuo- samente, la incendiaron, creyendo que los estragos del fuego no se extende- rian mas allá del santuario, cuya destruccion deseaban. Como quiera que sea, seis meses después del incendio los griegos reedificaron el santo se- pulcro; pero en lugar de las columnas de Corinto que sostenian la cúpula, el arquitecto puso unas pilastras que le quitan su elegancia primitiva. En

tremo, que verdaderamente estuvieron entonces en el Paraíso, no en cuanto al lugar, sino en cuanto al gozo de la felicidad eterna, por la fruicion de la divina presencia que en aquel instante veian clara- mente; así se cumplió la promesa que pocas horas antes había he-

compensacion de estos dispendios, los griegos se han apoderado de los prin- cipales santuarios, á pesar de las reclamaciones de los religiosos latinos, que eran los únicos que muchos siglos habia tenían el privilegio de cele- brar misa en el santo sepulcro y en el Calvario, no quedando ya á los la- tinos mas que la capilla de la Virgen y la de la Magdalena. En 1829 los armenios alcanzaron los mismos privilegios que los griegos.

No hay cosa que dé tanto á conocer la fuerza de la religion, como el es- pectáculo que presenta Jerusalem hasta cierta época. Por un lado unos hombres que pasan la vida en un destierro voluntario, y expuestos á veja- ciones é indignidades, á las que únicamente pueden oponer una paciencia inalterable; por otra una multitud que de todas las partes del mundo se traslada allí para orar á los pies de un sepulcro. No hay cosa mas curio- sa é instructiva, aun para un filósofo, que la semana santa en Jerusalem. Sin embargo, las ceremonias que distinguian en otro tiempo los dias con- sagrados á recuerdos piadosos, no tienen hoy el mismo aparato.

En el Domingo de Ramos el prelado de los religiosos latinos tenia la costumbre de ir al lugar que ocupara en otro tiempo la aldea de Bethfagé, de donde salió Jesucristo para hacer su entrada en la ciudad santa; y á ejemplo del Salvador, montado en un asno, volvía á la ciudad rodeado de una especie de cortejo triunfal. Ahora sustituye este viaje simbólico una misa, después de la cual se reparten á los asistentes palmas bendecidas. Esta distribucion produce casi siempre escenas de desórden, que los turcos, guardianes de la iglesia del Santo Sepulcro, apaciguan á latigazos y á pa- los. Después de la distribucion de las palmas, hacen una procesion al re- dedor del santo sepulcro y cantan la pasion. Es menester confesar que esta historia tan patética por sí misma, ha de inspirar naturalmente un in- terés mas vivo contada en el mismo país en que se verificó. El Miércoles Santo los padres latinos pasan á Gethzemani, á la gruta en que el Salva- dor derramó sudor de sangre, y celebran allí muchas misas. En el mismo dia, á las tres de la tarde, empieza el oficio de las tinieblas. Al otro dia, jueves, construyen un altar á la puerta del santo sepulcro, pero no admiten á la multitud de peregrinos á esta solemnidad, á la cual asisten algunos griegos y algunos musulmanes, cuya entrada se les permite sin ejemplar. Las tribunas de las Iglesias que pertenecen á los armenios están siempre llenas de multitud de mujeres de aquella nacion, que en su mayor parte han pasado la noche en el templo. Los vasos que adornan el altar son de oro, y marcados con las armas de Portugal; el vestido del celebrante es de lo mas magnífico que puede verse. Después de una procesion solemne, los genizaros hacen evacuar la iglesia, no sin mucho trabajo, no quedando en ella mas que los religiosos y algunos griegos, armenios y aun turcos, que ocultándose en alguna capilla han burlado la vigilancia de los guardas ó comprado su tolerancia. La iglesia queda cerrada hasta el otro dia por la tarde, en que empiezan la ceremonia de lavar los pies. Las hostias con-

cho Jesús al ladrón diciéndole: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso*. Pero aunque la carne de Cristo por la muerte estuviese separada del alma, que estaba unida con la divinidad, con todo, permaneció unida después de la muerte al Hijo de Dios, puesto que la gra-

sagradas quedan metidas en un cáliz de oro, cubierto con un velo, en el santo sepulcro, cuyo interior iluminan unas cien lámparas. Los religiosos entran de dos en dos en el recinto sagrado á entregarse á una devota meditacion. En el intervalo de las ceremonias, los asistentes, hombres y mujeres, hablan y ríen como en un paseo; toman café, y aun comen alguna cosa preparada en la misma iglesia. Llegada la noche, los unos se tienden en el pavimento del templo, los otros en las gradas de los altares, ó en las esteras y alfombras, y se entregan al sueño: los religiosos se retiran á su convento por un corredor subterráneo, á excepcion de dos hermanos que quedan en el santo sepulcro. Al otro dia, viernes, algunos millares de peregrinos de todas naciones llenan la iglesia, causando una confusion extrema. A las siete de la noche, los religiosos latinos encerrados en la capilla de la Virgen, cuyas luces están todas apagadas, oyen el sermón que predica uno de ellos, sirviéndole de texto la muerte del Salvador; luego se abren las puertas, y los religiosas atraviesan las oleadas de la multitud, que se precipita y empuja de todas partes para oír el sermón que se dice al pié del altar, de la reparticion de los vestidos, subiendo en seguida al Gólgota; y en el mismo lugar en que fué elevada la cruz del Salvador, plantan el Crucifijo que llevan á la cabeza de la procesion. Después de otro sermón sobre la pasion, quitan los clavos de los piés y manos de Jesucristo, y bajan el cuerpo para dirigirse á la piedra de la *uncion*: lo envuelven en un lienzo, y cuatro religiosos lo depositan en la piedra de mármol. El Sábado Santo bendicen el agua y el cirio pascual. En fin, resuena el aleluya para celebrar la resurreccion del Señor. El dia de Pascua los católicos se visten de flores, y se canta el Salmo *exaudiat* en favor del rey de Francia. Tales son en resumen las ceremonias religiosas que se celebran en Jerusalem durante la semana santa.

La ceremonia del fuego sagrado, que los obispos griegos y armenios encienden cada año en el santo sepulcro, cual si bajase del cielo, es de lo mas solemne que pueda verse. «Salí al mediodia del convento, dice un viajero testigo de vista, para presenciar el espectáculo mas extraordinario que he contemplado en mi vida. Tuvimos mucho trabajo para entrar en la iglesia del Santo Sepulcro, á pesar de que nos precedia un genizaro abriéndonos paso entre la multitud, para lo cual hacia uso de un látigo con una porcion de correas. La iglesia estaba llena de peregrinos y espectadores, en número de siete mil á lo menos. El agá estaba en la puerta, donde procuraba inútilmente conservar el orden, auxiliado de cuarenta ó cincuenta soldados, que sin compasion hacian uso de unos látigos semejantes al de nuestro genizaro. Cuando los peregrinos y los habitantes de la ciudad que tenian medios para pagar hubieron entrado, los procuradores de los conventos griegos y armenios, consiguieron del agá, mediante una corta suma, que permitiese la entrada á unos quinientos peregrinos que por su pobreza no podian pagar. En el interior de la iglesia (doy este nombre á todas las

cia de la union es por su razon y naturaleza un don mayor y mas permanente que la gracia de la adopcion, la que nunca se pierde en los santos sin la culpa. Por consiguiente, como jamás hubo pecado en Cristo, era imposible que se rompiese la union de la divinidad

piezas interiores que se hallan reunidas) habia una especie de mercado, donde se vendia pan, legumbres, rosarios, Crucifijos, etc., y vi un gran número de peregrinos regatear y maldecir los unos á los otros, á cincuenta pasos del sepulcro de Cristo. El genizaro, empleando la fuerza, me condujo al través de la muchedumbre á una tribuna de frailes católicos romanos. Pero todas las precauciones no fueron suficientes para impedir que entrasen con nosotros una porcion de muchachos turcos y sus criados, cuya mayor parte eran hijos del cadí, del mufti y de los jefes principales de la ciudad. So color de que formaban parte de su comitiva, muchos musulmanes se introdujeron tambien, sin que los frailes se atreviesen á echarlos, temiendo ofender á las autoridades turcas. A pesar de la gente que habia en la tribuna, conseguí coger un buen sitio, que hubie de defender contra muchos soldados turcos que intentaron quitármelo. ¡Qué escena tan extraña se ofrecia á mi vista! Las tribunas de los griegos y de los armenios, cuyas ventanas dan sobre la cúpula, estaban llenas de mujeres de las dos naciones que habian venido peregrinando. Hacian la señal de la cruz, y sus ojos miraban con entusiasmo al santo sepulcro. Toda la iglesia, y sobre todo la parte circular de debajo la cúpula, estaba cuajada de peregrinos que gritaban y forcejeaban con violencia de allí á latigazos. Vi en una riña arrancar de cuajo á un hombre la oreja derecha. Las aberturas por donde se recibia el juego estaban ocupadas por los peregrinos mas ricos, que para alcanzar esta ventaja, pagaban á los turcos y á los griegos dos y trescientos cequies. Una vieja sentada en la puerta de la iglesia griega habia conservado aquel lugar pagando do duros desde el dia antes á las diez de la mañana, y sin que se hubiese menecado desde aquella hora. . . La multitud de peregrinos cantaba oraciones en griego y en árabe, y guardaba sus puestos al rededor del santo sepulcro en cuanto podia permitirlo el tumulto; pero de tiempo en tiempo venia una oleada de hombres que los desordenaba. Otros se precipitaban sobre ellos, y echando por tierra todo cuanto se le ponía delante voceando á grito herido. A las diez los obispos griegos y armenios se encerraban en el santo sepulcro con un solo turco. . . Antes que los obispos entren en él, inspeccionan la capilla públicamente y apagan todas las lámparas, etc. A las dos, el gobernador entró en el templo precedido de soldados que, á pesar de sus esfuerzos, tuvieron mucho trabajo en introducirlo, como tambien á su secretario y comitiva. Fué á colocarse en la tribuna de los católicos, donde tenia preparado un magnífico dosel, y fué recibido por los procuradores y por los dragones de la Iglesia romana. Cuando se retarda la aparicion del fuego, manifiesta impaciencia, y generalmente á una señal suya se ofrece á la vista. A las dos y cinco minutos los griegos rodearon en procesion el santo sepulcro; el obispo revestido con una capa cubierta de oro, y seguido de los sacerdotes, cuyos trajes estaban tambien ricamente bordados, caminaba con el báculo

con la carne, sino que siempre permaneció unida, de modo que siempre permaneció la misma union hipostática del Verbo con la carne de Cristo después de la muerte, aunque no lo vivificase con la presencia del alma, porque esta es la forma del cuerpo. Y así como

en la mano. Dieron tres vueltas al santo sepulcro, cantando en voz alta, y precedidos de seis banderas, que representan el nacimiento y la pasión de Jesucristo. Como se acercaba el instante en que el fuego debía manifestarse, la multitud, semejante á las oleadas del mar, aumentó cada vez mas las aperturas, dirigiéndose hácia la puerta, de donde ni los esfuerzos de los turcos ni los de aquellos que habian cogido un lugar mejor, pudieron apartarlos, á pesar de los puñetazos y puntapiés, y de las maldiciones que echaban contra ellos. En fin, á las dos y veinte minutos se presentó en la abertura el fuego, que fué recibido con aclamaciones universales y realmente espantosas. Así que apareció, un muchacho que se hallaba inmediato á la abertura, cogió la antorcha y se la apretó con tanta violencia contra la cabeza, la cara y el cuello, que la apagó, dando lugar á que le abofetearan reciamente los que se hallaban á su lado. Después de ocho ensayos, los obispos volvieron á presentar fuego; y como cada peregrino habia traído, segun sus medios, seis, ocho, y aun doce bujías, al cabo de diez minutos la iglesia parecia estar ardiendo; mas trascurridos unos cinco minutos quedó como antes. Arrebatados de entusiasmo los hombres, acercaban á aquellos cirios encendidos la cabeza, los sombreros y los pañuelos; las mujeres descubrian el pecho, dirigian la llama hácia la cabeza y cuello, haciendo entre tanto la señal de la cruz, con la mayor devoción y con una prontitud singular. Después que estas bujías han ardiendo un poco, cada cual se las lleva á su casa, conservándolas con un cuidado religioso. Unos mensajeros, dispuestos de antemano fuera del templo, corren llevando en linternas el fuego sagrado á los conventos de Belem de Santa Cruz y de Santa Bárbara cerca del Mar Muerto. Cuando el obispo griego salió del santo sepulcro con dos antorchas encendidas, fué arrebatado por la multitud de peregrinos que procuraban encender en ellas los cirios. Concluida la ceremonia, los turcos pusieron guardia en el santo sepulcro; y los que quisieron entrar en él, tuvieron que pagar durante los tres primeros dias, de 20 á 25 duros, y al fin de 3 á 5. Cuando se apagaron los cirios, el humo que despidieron impidió por espacio de diez minutos distinguir los objetos; pero como la parte superior de la cúpula está cerrada con sola una reja descubierta, el humo no tardó en dispersarse. Los armenios, los sirios, los cophtos, hicieron en seguida su procesion con toda la pompa que podian desplegar en estas ceremonias. Dicese que el gobernador de Jálfa y el de Ramla se reparten con el cadí y el multí, los beneficios considerables que sacan de los peregrinos.

Cerca de Jerusalem, y á dos leguas de Jericó, se halla el Mar Muerto: el camino que conduce á este lago tan famoso como poco conocido, es lo mas triste que puede darse; el terreno, en el cual se elevan algunos zarzales y espinos, presenta tan pronto un color amarillo ó ceniciento, tan pronto es arenoso; de trecho en trecho se encuentran en él montecillos de arena, que el viento lleva de una parte á otra, y detrás de los cuales se ocultan los be-

del Hijo de Dios se dice aquello que conviene al cuerpo separado del alma, esto es, que fué sepultado, así de su alma se dice tambien aquello que le es propio y peculiar, esto es, que bajó á los infiernos, quedando siempre la union hipostática del Verbo con el cuerpo y

duinos para sorprender á los viajeros. Con bastante frecuencia el terreno está sembrado de surcos, que hacen el camino difícil y peligroso, cubriendo la arena una capa de sal, que parecida á un campo de nieve, rodea é indica estar allí el lago Asphaltite. "El aspecto del Mar Muerto, dice Lamartine, no es triste ni fúnebre sino para la imaginacion; para la vista es un lago que deslumbra, cuya superficie inmensa y plateada refleja la luz y el cielo, como un espejo de Venecia, y sombreado á veces por las montañas muy bien cortadas que hay en sus orillas. Se dice que no hay peces en su 해변 cortadas que hay en sus orillas. Se dice que no hay peces en su 해변 no ni aves en sus riberas, yo no vi ni proceltarias, ni paviotas, ni aquellas aves blancas, parecidas á las palomas marítimas que nadan todo el día en las aguas del mar de Siria, y acompañan á los caiques ó esquifes en el Bósforo; pero á algunos cientos pasos del Mar Muerto, tiré y maté á dos pájaros, semejantes á los patos salvajes que se levantaban de las orillas conagostas del Jordan. Si el aire del mar fuese mortal para ellos, no irían á arrostrar tan de cerca sus vapores mefíticos. Tampoco distingui las ruinas de ninguna de las poblaciones engullidas, que dicen verse debajo de las aguas; pero los árabes que me acompañaban suponian que á veces se descubrian. Seguí largo tiempo la orilla de este mar, tanto por la parte de la Arabia, en donde está la embocadura del Jordan, como hácia la montaña de la Judea, hasta donde llegan las orillas del Océano. La superficie del agua presenta en todas partes el mismo aspecto, brillantez azul, é inmovilidad. Los hombres han conservado perfectamente la facultad que Dios les dió en el Génesis, de llamar las cosas por sus nombres. Este mar es hermoso; brilla, inunda por el reflejo de sus aguas el inmenso desierto que cubre, atrae los ojos, conmueve el pensamiento, pero es muerto: no hay movimiento ni ruido; sus aguas, demasiado pesadas para el viento, no se desarrollan en oleadas sonoras, ni la blanca espuma se formó? Fué, como dice la Biblia, cierto de suyo, y conforme con las probabilidades que puede encontrar la humana sabiduria. Vasto centro de cadenas volcánicas que se extienden desde Jerusalem hasta la Mesopotamia, y desde el Líbano á Idumea, se abria un cráter en su seno en el tiempo que en su llanura habia siete ciudades; estas fueron conmovidas por el temblor de la tierra; el Jordan que, segun toda la probabilidad, corria entonces al través de estas llanuras é iba á desaguar en el Mar Rojo, detenido de improviso por las montañas volcánicas salidas de la tierra, y sumiéndose en los cráteres de Sodo-ma y Gomorra, habia formado aquel mar corrompido por la sal, el azufre y el betun; alimentos ó productos ordinarios de los volcanes. Tal es el hecho. Esto no aumenta ni disminuye la accion de aquella soberana y eterna voluntad, que unos llaman milagro y otros naturaleza; ¿y qué? naturaleza y milagro no son lo mismo? y el universo es mas que un milagro eterno y de todos los momentos?"

con el alma, como lo enseña claramente san Juan Damasceno [1], diciendo: Aunque Jesucristo murió como hombre y su alma santísima se separó de su cuerpo sin mancha, sin embargo, la divinidad fué inseparable de uno y de otro. La carne de Cristo descendió en el sepulcro, su alma bajo á los infiernos, y la eterna sabiduría permaneció unida á una y otra, como asegura san Ambrosio [2], difundiéndose en medio de aquellos lugares la verdadera luz de la vida eterna. Brillaba aquella luz verdadera de la sabiduría; iluminaba el infierno, pero no podía ser encerrada en el infierno. Job pregunta asombrado dónde está su lugar ó donde reside, y contesta él mismo á su pregunta diciendo [3]: El abismo de la tierra dice: No está dentro de mí; y el mar afirma: Ni conmigo. . . . Escondida está á la vista de todos los vivientes de la tierra, y también se oculta á las aves del cielo. La perdición y la muerte dijeron: A nuestros oídos llegó la fama de ella. El camino para hallarla, Dios le sabe, y él solo es quien conoce su morada.

Después de esto es asimismo preciso advertir que la palabra *infierno*, que significa un paraje ó sitio inferior, bajo y profundo, oculto é invisible, se ve usado por los escritores sagrados en diferentes sentidos, y representa diversas ideas, como las voces primitivas *Schol* y *Ades*; la primera hebrea y la segunda griega, de donde se ha tomado; así es que unas veces significan el sepulcro, otras el estado de los difuntos y de la disolución de los cuerpos después de la muerte, otras el lugar de las penas y suplicios que por sus crímenes

Un abad del monasterio de San Sabás, situado en la Pelestina, que dió vuelta al Mar Muerto, afirma que á su extremo hay un vado por donde se atraviesa sin tener agua sino hasta la mitad de la pierna, á lo menos en verano; que la tierra se eleva y separa otro lago mas pequeño de figura redonda, algo ovalada, rodeada de llanos y montes de sal; pero las aserciones de este buen religioso, que nos ha conservado el padre Nau, se refieren al año de 1674, en que viajaba con un embajador de Francia, y no han podido desde aquella época comprobarse ni corroborarse por otros testigos. Un simple viajero sin apoyo no puede pensar en semejante empresa, porque tendria que ir acompañado, no solo de una fuerza numerosa para imponer á los árabes que infestan las playas del Mar Muerto, sino que habria de construir algunos buques con maderas sacadas del Líbano, de Jerusalem ó de Jaffa.

[1] Div. Joann. Damascen. lib. 3. Orthodoxe Fidei, cap. 27.

[2] Div. Ambros. lib. de Incarnationis Dnicæ. Sacramento, cap. 5 in med.

[3] Job. cap. 28, vs. 14, 21 et seqs.

y delitos sufrirán los pecadores después de esta vida, y otras la mansión en que los justos que habian muerto antes de la venida de Jesucristo permanecian esperando el cumplimiento de las promesas del Redentor. La existencia pues de un lugar reservado para mansión de las almas separadas de sus cuerpos, fué un artículo del símbolo de la fe de los antiguos patriarcas y de toda la nacion hebrea, y un apéndice ó consecuencia necesaria de la creencia de la inmortalidad de las almas y de la bienaventuranza futura que esperaban conseguir por los méritos del Mesías. Antes de la venida del Redentor todos los justos morian con esta fe, esperando el cumplimiento de la promesa en el *Schol*, al que llamaban también *Paraiso*, *Casa de los Padres* y *Seno de Abraham*. Esta creencia no fué solamente peculiar de los hebreos, sino comun á los filósofos, á los moralistas del paganismo, y á todos los pueblos que profesaban la creencia de la inmortalidad de las almas. Todos ellos reconocieron el *Ades*, delicioso sitio reservado para los hombres de bien, ó lugar de castigo para los criminales que expresaron con varios y diversos nombres, segun los diferentes conceptos para que se aplicaba; como lugar de premio, llamóse *Campos Eliseos*, *Islas afortunadas*, *Mansión de los dioses*; como lugar de castigo se llamó *Orcus*, el *Tártaro* y *Reino de Pluton*. Pero desentendiéndonos de la fe y opiniones de los paganos, es preciso seguir la creencia de los patriarcas, de los judíos y de los cristianos, ó lo que es lo mismo, la de la Sígoga y la de la Iglesia.

De tres clases es por tanto el infierno que está bajo la tierra, ó tres son los infiernos que hay bajo de ella. El primero es eterno y oscurísimo, en cuya cárcel son atormentadas las almas de los réprobos por los espíritus inmundos, con perpetuo é inextinguible fuego, y se llama *infierno inferior*, *fuego eterno*, *fuego inextinguible*, *horno encendido*, *lugar de suplicio eterno*, y *lago de fuego y azufre*; de cuyo lugar dice Job [1]: Déjame pues lamentarme de mi dolor por un momento, antes que yo me vaya allá de donde no volveré, á aquella tierra tenebrosa y cubierta de las sombras de la muerte; tierra de miseria y de tinieblas, en donde tiene su asiento la som-

[1] Job. cap. 10, vs. 20 et seqs.

bra de la muerte, y donde todo está sin orden y en un caos ú horror sempiterno.

El segundo infierno, que tambien se llama Purgatorio, es un lugar donde con el mismo fuego del infierno son tormentadas las almas por un tiempo determinado por la justicia divina, á fin de que satisfecia esta, y purificadas de la reliquia de la culpa, puedan entrar libremente en la patria eterna, en la que nada entra que no esté perfectamente purificado. De este lugar parece que habló expresamente David cuando dijo [1]: Pasar nos hiciste por el fuego y por el agua; pero al fin nos llevaste á un lugar de refrigerio y de descanso. Y tambien san Pablo cuando enseñó á los philippenses que á la pronunciaci6n del nombre de Jesús se doblaba toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno [2]. Claro y manifiesto es que las criaturas del cielo y de la tierra alaben á Dios y doblen su rodilla á la pronunciaci6n del nombre de Jesús; pero cuales sean las que habitan en el infierno, en donde esto se hace, es lo que debe saberse. No son las que existen en el fuego eterno y perpetuo, porque aquellas blasfeman su bondad, maldicen su justicia, y de ellas habló David cuando dijo [3]: Vuélvete á mí, Señor, y libra mi alma: sálvame por tu misericordia. Porque en muriendo, ya no hay quien se acuerde de tí; y en el infierno, ¿quién te tributará alabanzas? ¡Oh Señor! no te alabarán los muertos ni cuantos bajan al infierno [4]. Así pues, las almas que debajo de la tierra doblan su rodilla al oír pronunciar el nombre dulcísimo de Jesús, son las que en el purgatorio esperan su misericordia. Y el tercer infierno es el *Schol* ó el *Ades* del que antes hablamos. En este lugar vió el rico avariento desde el Tartaro á Lázaro en el seno de Abraham, y aquí fué donde bajó Jesucristo después de muerto.

Si la necia y atrevida incredulidad nos replicase que la historia del rico avariento no es una historia verdadera, sino una parábola, concediendo esta verdad aun le diremos: Que es una parábola que tiene por objeto recordar ó representar verdades edificantes é ins-

[1] Ps. 65, v. 12.

[2] Div. Paul. Epist. ad Phillips. cap. 2, v. 10.

[3] Ps. 6, v. 5 et 6.

[4] Psal. 113, v. 17.

tructivas, y que esta evidentemente enseña la gran diferencia de suerte que espera en la otra vida á los buenos y á los malos, y la existencia de un sitio ó lugar de premios y recompensas para los justos, y de castigos para los criminales: verdad que anunciaron una gran porcion de los antiguos profetas, entre los que sobresalen David, Isaías, Oseas, Zacarías y otros, y que enseñaron después constantemente como un dogma los apóstoles; verdad que inculcó san Pablo á los de Corinto, que repitió á los colosenses, á los efesios, á los hebreos, en diversos parajes de sus Epístolas, y que últimamente san Pedro consignó en sus cartas dirigidas á toda la Iglesia. Solo conociendo y confesando esta verdad se concilian mil y mil diferentes pasajes de la Escritura santa: dígasenos si no, ¿que significaria decirnos la Escritura, que habiendo muerto Abraham fué á reunirse con su pueblo, y que sus dos hijos Isaac é Ismael lo sepultaron en una gruta situada en los campos de Efron [1]. Decir que aquellas expresiones significan que Abraham fué colocado en el mismo sepulcro que sus padres, es un despropósito y un comentario repugnante á la verdad de la historia; pues los mayores y padres de este patriarca murieron en la Caldea, y Abraham fué enterrado con Sara su esposa en el país de Canaan. Lo mismo sucede con respecto á Isaac, hijo de Abraham, y con Jacob, que lo era de Isaac [2]. Pero donde se descebre esta doctrina con toda la claridad posible, es en la muerte de Moisés. Sube este grande hombre por órben expresa de Dios al collado de *Abarim*, al monte *Nebo*, que está en el país de Moab, frente de Jericó, y desde allí le dice el mismo Dios: Contempla y reconoce la tierra de Canaan que yo daré á los de Israel para que la posean, y luego morirás en el monte al cual has subido, y serás agregado á tus gentes y reunido á tu pueblo; lo que que no es aplicable bajo ningun concepto á la reunion de la ascendencia y posteridad en un sepulcro comun, puesto que sus padres verisilmente fallecieron en Egipto y sus antepasados en Caldea [3]. Por consiguiente, es claro que estas reuniones de los santos patriarcas á sus familias, indican la existencia de este *Schol*

[1] Genes. cap. 25, vs. 8, 9 et 10.

[2] Genes. cap. 35, v. 29, et cap. 49, vs. 18 et seqs.

[3] Numer. cap. 27, vs. 12 et 13, et Deuteronom. cap. 32, vs. 49 et 50.

ó *Ades*, donde se reunian los justos desde el principio del mundo, y estaban esperando la venida del Mesías, Redentor y Salvador de los hombres; al que bajó Jesucristo después de muerto, Mesías verdadero, Redentor y Salvador, para alegrarlos y consolarlos.

Como capitán vencedor del infierno y de la muerte, haría su entrada triunfante precedido de músicas celestiales, cuyo estrepitoso pero consolante eco, echaría por tierra las puertas de bronce con que se cerraba el infierno; é iluminadas sus lóbregas mansiones por los resplandores del Sol eterno, enardecidos con los fulgores de aquella nueva luz los que por tantos siglos la habian esperado, dirian al Salvador: "Llegaste por fin, llegaste, dulcísimo Salvador nuestro, " y apiadado de nosotros vienes á romper las cadenas que tanto tiempo nos han detenido en este lugar. A tí se dirigian nuestros " suspiros, á tí se encaminaban nuestros largos y pesados lamentos, " y viniste á llenarnos de gloria, consolándonos con tu divina presencia, porque verte, Señor, es gloria verdadera. Bendito seas, Redentor amantísimo, y bendigante todas las criaturas del cielo y " de la tierra, porque eres pío y misericordioso, y has usado con todos de misericordia." La Iglesia de Jesucristo profesó esta doctrina del símbolo de los apóstoles desde su mismo establecimiento; y aunque no se lea en algunos que usó la Iglesia griega, ni aun en el Niceno, ni en el Constantinopolitano que canta todos los días la latina, se encuentra en el de Aquileya que interpretó Rufino, y en otros varios cuya antigüedad data desde los tiempos apostólicos: esto debe bastarnos para que la creamos y confesemos como un dogma de nuestra fe depositada en todas las iglesias del mundo cristiano, después de la declaración y promulgación de los apóstoles. Todos los obispos, padres y doctores de la Iglesia de Oriente y Occidente, griegos y latinos, la han enseñado y predicado uniforme y constantemente; y la de España la publicó y enseñó en varios concilios españoles, muy particularmente en los Toledanos IV y XVI, y por lo mismo también fué esta la creencia y doctrina de nuestros mayores, de nuestros padres y santos. Y si todo lo dicho no bastase para desvanecer cualquiera duda que la impiedad pudiera suscitar sobre la creencia de este dogma, téngase presente la famosa profesión de fe del concilio general Lateranense, celebrado en el

pontificado del grande Inocencio III. No es este por tanto un punto opinable y controvertible sobre el que no es permitido á ningún católico vacilar; porque solo un incrédulo ó un infiel son los que se atreverán á negar lo que la Iglesia católica cree y confiesa, y tiene definido y sancionado.

ORACION.

Oh buen Jesús, cuya caridad eterna, piedad inefable y misericordia infinita, no solo te movieron á bajar del cielo á la tierra para buscar al hombre perdido, redimirle y salvarle, sino que para obrar tan grandiosos y admirables misterios te obligaron tambien á instituir el augustísimo y adorable Sacramento del Altar en la misma noche en que por un infame discípulo habias de ser entregado en manos de tus enemigos para ser el alimento de las almas y estar en compañía de los hombres hasta la consumación de los siglos, y que después quisiste ser preso, abofeteado, herido, escupido, azotado á la columna, coronado de espinas, postpuestado á Barrabás y clavado por fin en el madero de la cruz, desde la que pediste perdón á tu divino Padre por los que te habian crucificado, constituyéndote abogado y defensor de todos los pecadores, perdonando al ladrón y dejándonos tu propia Madre para que lo fuese nuestra, llevándote tu caridad ardentísima hasta bajar al infierno después de muerto para consolar y alegrar las almas de los justos que esperaban tu santo advenimiento: haz, clementísimo Señor, que por los méritos infinitos de tu sacratísima pasión y muerte, por los dolores del corazón purísimo y amantísimo de tu Madre y Madre nuestra, por la soledad amarguísima á que se vio reducida después que te dejó sepultado, y por el gozo y alegría de que se vieron llenos los padres y todos los justos cuando bajaste á visitarles, seamos nosotros consolados y socorridos con los auxilios de la divina gracia, en todas las tribulaciones, penalidades y miserias de la vida, á fin de que visitados por tí en el tiempo oportuno, sostenidos y alentados, merezcamos al salir de ella poseerte y gozarte en compañía de tu Madre y de todos los santos y justos, por eternidades en la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el 26 y 27 de san Mateo, en el 14 y 15 de san Márcos, en el 22 y 23 de san Lucas, y en el 18 y 19 de san Juan.

La Iglesia usa del texto de san Mateo en la pascion del día de Ramos. Del día de san Márcos en la del martes Santo. Del de san Lucas en la del miércoles, y del de san Juan en la del viernes. No se ponen las traducciones literales con motivo de hallarse en todas las Semanas Santas que están en castellano: solo si resta que advertir que el contenido del § 1.º corresponde al capítulo 11 del Evangelio de san Juan, y se lee en el Evangelio de la misa del viernes de Pasion. El del § 6 al capítulo 13 del mismo san Juan, y se lee en el Evangelio de la del jueves Santo; el de los §§ 7, 8 y 9 corresponde á los capítulos 16 y 17 del propio Evangelista, y se lee en las misas de las Dominicas 3.ª, 4.ª y 5.ª después de la Pascua de Resurreccion, en la vigilia de la Ascension y en otros varios, cuyas traducciones se omiten por evitar complicaciones que siempre causan confusion.



CAPITULO XXVII.

RESUCITA JESUCRISTO DE ENTRE LOS MUERTOS, Y LOS GUARDIAS DEL SEPULCRO HUYEN POSEIDOS DE TEMOR Y ESPANTO: APARECE EL MISMO DIA, PRIMERO A SU MADRE, DESPUES A MARIA MAGDALENA, LUEGO A LAS PIADOSAS MUGERES, Y POR ULTIMO A LOS DISCIPULOS QUE DESDE JERUSALEN MARCHABAN A EMAUS.

Desde las seis de la tarde de la feria sexta, esto es, pocos momentos antes del principio del sábado y de la Pascua, hasta la aurora de la primera feria, esto es, de nuestro domingo, permaneció el cuerpo de Jesús en el sepulcro, saliendo de él victorioso y triunfante de la muerte. Los soldados puestos por la Sinagoga velaban cerca de él, y el Eterno Padre, en cuyas manos su amado Hijo había puesto su alma, la volvió á unir á su divino cuerpo. Jesucristo, que en medio de las afrentas y dolores de su pasion, y de las ansias y agonias de su muerte, no había dejado ni por un solo instante de ser Hijo de Dios, que dejó su alma porque quiso, que la volvió á tomar porque le plugó, y porque así convenia á la majestad